

HOMBRES, LUGARES Y COSAS DE LA MANCHA

Apuntes para un estudio médico-topográfico de la Comarca

P O R

RAFAEL MAZUECOS



HACE más de dos años que se publicó el octavo fascículo. Las obligaciones ineludibles y apremiantes de cada minuto me han mantenido todo este tiempo alejado de mi propósito y cuando las voces de dentro y de fuera me hicieron considerar de nuevo el asunto, lo encontré tan difícil, que me parecía imposible ponerme a tono con la imperceptible vibración lírica de las cosas nuestras, para hacérselas sentir a los que tan finamente las valoran.

Sin embargo, en un amanecer otoñal, estaba viendo desde la cama la máquina de coser de mi casa y empezaron a cruzar por el pensamiento las escenas de la infancia.

Mi madre, y todas las mujeres de su tiempo, cosían a mano sus ropas y tenían tal costumbre y destreza que cuando empezaron a usarse las máquinas las compraban casi como un adorno, como el pañuelo de manila, para la chica. La tenían pero no la usaban y cuando querían servirse de ella, tenía que ir el hombre que las vendía a ponerlas en movimiento.

Justificación

Para desentumecerlas, las tenían una mañana al sol, en un rincón del patio, les untaban mineral, frotaban bien los tornillos y les hacían coser trapos un buen rato antes de echar el respunte que deseaban. La falta de uso tenía completamente inutilizado tan precioso mecanismo. Y es que la naturaleza no tolera lo inservible e inactivo y se vale de recursos maravillosos para transformarlo en elementos aprovechables. La herrumbre destruye y pulveriza, como un cáncer, los cuerpos más duros. La vegetación silvestre envuelve y penetra hasta los escombros, haciéndolos desaparecer. Nada resiste a la acción de los elementos naturales cuando pueden actuar sin prisa y, con el tiempo, que tan poco cuenta en la naturaleza, todo queda en el polvo que fué.

La plumilla que dejé empapada de tinta flúida y rutilante, la he encontrado seca y quebradiza, pero recordando al hombre de las máquinas de coser, la he puesto al sol, la he raspado el orín y dado los adecuados óleos para ver de entrarla en luz.

Estas hojillas son las primeras que salen, llenas de faltas. Comprendo que no debería publicarlas, pero el amor es ciego como la fé y el que todos le tenemos a las cosas de que aquí se trata, disculpa el atrevimiento y me permite confiar en la benevolencia de los lectores. Muchas gracias.